

cismo el pensamiento moderno se ha consagrado *in recto* al análisis de la realidad histórica. A partir de Hegel y Comte, y tras aquel esforzado trabajo de los gigantes de la escuela histórica alemana (Humboldt, Savigny, Boeck, Ranke, Trendelenburg), Guillermo Dilthey colocó a la Historia como centro de la filosofía y del hombre. El puesto esencial que el problema de la historicidad ocupa en el pensamiento actual es lo que ha movido a Endres a intentar abordar el problema de sus límites. Para Endres el historicismo que parece predominar en la titulada filosofía existencial y su mirada hacia lo contingente y concreto tendría sus raíces en el nominalismo medieval, como una reacción contra la metafísica esencialista, de vieja raigambre platónica.

Endres estudia el problema con bastante detenimiento, arrancando de Platón y Aristóteles, pasando por la escolástica y deteniéndose en Kant, Hegel, Dilthey, Spengler y Marx hasta llegar al existencialismo. La consideración de que el hombre es hijo de su tiempo y la afirmación sartriana de que el ser del existente es histórico, en fin, que la esencia humana sería la historicidad y que la Historia es una categoría óntica y no ontológica, son analizadas por el autor, que somete todo el problema a una crítica bastante detenida, de acuerdo con sus puntos de vista escolásticos. M. CRUZ HERNÁNDEZ.

ENDRES: *Die Teleologie im Vitalgeschehen*, en «Divus Thomas», tomo XXX, fasc. 4 [diciembre 1952], páginas 439-461.

Se propone el autor el difícil problema de los principios teleológicos que pueden darse en los fenómenos vitales. ¿Tienen o no los procesos orgánicos una naturaleza teleológica y en qué sentido? Indudablemente el problema tiene un alto interés para la filosofía y bien se merece un estudio detallado. Pero, en este caso, el autor ha atacado el problema, no desde el punto de vista de la realidad de los fenómenos vitales, sino en función de su ideología y de la polémica de un grupo de pensadores en torno al tema —Hartmann, Conrad-Martins, Troll, Mittasch y otros—. Pese a ello logra distinguir entre los diversos tipos de finalidad que pueden observarse en los fenómenos vitales; pero creemos que la clave del problema —qué

hay que entender por *finalidad* en la naturaleza orgánica— queda sin tocar. El problema es difícil, desde luego, pero no imposible; y esta es ocasión para indicar al menos que Xavier Zubiri, entre nosotros, ha abordado el tema en alguno de sus cursos con una riqueza de datos y experiencias y con una profundidad de análisis que no encontramos precisamente en este trabajo que acabamos de reseñar. Los errores a que ha conducido la equivocidad de términos como *causalidad*, *finalidad*, *actualidad*, etc., y su confusión con causación, causacidad, finalicidad, actualicidad, actuacidad, etc., etc. (muy feos y mal sonoros, desde luego, por inusitados, pero no por ello menos necesarios), late en torno a este problema teleológico; y para resolver la aporía no es el mejor recurso la discusión a base de vocablos que, pese a la identidad del término, no tienen igual contenido, por ejemplo, en Aristóteles, Santo Tomás, Newton, Kant, o la actual ciencia de la naturaleza.—M. CRUZ HERNÁNDEZ.

WIGERSMA (B.): *Zur Geburt der Naturgesetze*, en «Revue Internationale de Philosophie», 1952, fasc. 1 (págs. 50-61).

Entre los muchos misterios que nuestra razón descubre destaca el de las leyes naturales. Porque ¿cómo es posible que los cuerpos materiales sigan tan estrictamente esas leyes? Las leyes no son ni cosas ni algo material; son algo pensado, y, por tanto, espiritual. ¿Cómo pueden las cosas que no piensan comportarse de suerte que parecen comprender las leyes hasta el punto que decimos que las *obedecen*? Más aún. Cuando nos manejamos con partículas elementales, como moléculas, átomos y electrones, observamos que aquéllas no siguen estrictamente las leyes naturales, y en los procesos que intervienen muchas de tales partículas vemos que sus desviaciones de las leyes se compensan mutuamente, de manera que si no hay leyes hay regularidades estadísticas. Estos hechos permiten al físico moderno hablar de una consciente libertad de los elementos naturales. Pero aun cuando esto sea exagerado y no debemos hablar «todavía» de libertad, es inevitable pensar que la naturaleza *esencialmente* debe ser algo espiritual, pues sólo lo espiritual permanece, mientras lo material cambia incesantemente. ¿Y